

**LA COMUNICACIÓN COMO VÍNCULO ENTRE LA PRODUCCIÓN
MATERIAL Y LA REPRODUCCIÓN SOCIAL EN LAS FORMACIONES
CAPITALISTAS. PERTINENCIA DE UN ANÁLISIS DESDE
LA ECONOMÍA POLÍTICA**

Begoña Ballesteros Carrasco

Departamento de Sociología IV – Sección de Comunicación, Facultad de Ciencias de la
Información, Universidad Complutense de Madrid

Eje temático: Teoría de la comunicación

Palabras clave: producción de comunicación; reproducción capitalista; análisis marxista

Resumen: A principios de la década de los ochenta, las sociedades capitalistas experimentan una serie de cambios socioeconómicos con profundas repercusiones en el ámbito de la comunicación. La reestructuración informacional a la que, por entonces, recurre el sistema para salir de la crisis de rentabilidad va a suponer la consolidación de un fenómeno inédito: la información queda definitivamente ligada a los mecanismos de producción material sin abandonar, al tiempo, sus funciones de reproducción social. El artículo analiza esa doble naturaleza de los procesos comunicativos relacionándola con el cambio y la permanencia de las estructuras socioeconómicas capitalistas y defendiendo el enfoque de la economía política como marco teórico para la comprensión de tales cuestiones.

1. Introducción

La relevancia socioeconómica que actualmente detenta el sistema de comunicación pública es uno de los tópicos que más literatura científica ha suscitado en las dos últimas décadas. La información como nuevo factor de crecimiento económico, los efectos sociales y privados de las tecnologías comunicativas o las transformaciones en el mercado y las empresas culturales han sido algunos de los campos más trabajados a partir de las transformaciones políticas, sociales y económicas acontecidas desde la crisis de los años setenta del siglo XX.

Sin embargo, entre la abundancia de esas reflexiones, parece constatarse una carencia de estudios macrosociológicos que aborden la centralidad de la comunicación en el

capitalismo contemporáneo desde el análisis del cambio y la reproducción de las estructuras que conforman ese modo histórico de producción y organización sociales. Es así como se viene acusando la ausencia de investigaciones que, con base empírica y fundamentos teóricos sólidos, se adentren en la relación de interdependencia entre cómo producimos actualmente información y el modo en que estamos socialmente organizados (Martín Serrano, 1986)¹. En particular, desde la noción de cambio social, la imbricación de los sistemas comunicativo y productivo desde el último tercio del siglo pasado pide esclarecer si las funciones socioeconómicas que adopta hoy la información tienen algo que ver en los cambios que está atravesando el capitalismo y, en última instancia, en su prolongación y en la perspectiva de su extinción como formación social histórica.

Por lo general, los nuevos usos de la información han constituido un tópico abordado casi exclusivamente desde enfoques económicos y con fines instrumentales orientados a mejorar la gestión del sistema capitalista. Desde los años setenta, han sido abundantes, por ejemplo, los estudios cuantitativistas y utilitarios encuadrados en la Economía de la Información con autores como Machlup, Porat o Lamberton (Zallo, 1988; Millán Pereira, 1993). En ellos, se suelen obviar los componentes reproductivos y socioculturales de la comunicación, para medir, bajo un esquema de efectividad/coste, la eficiencia de la estructura económica cuando ésta recurre a la información (Torres, 1989, pp. 42 y 43).

Pero, como hemos señalado, más allá de las implicaciones económicas y empresariales que tiene la información como nuevo factor y actividad productiva, interesa investigar cómo las transformaciones históricas que la atraviesan la están implicando en el funcionamiento y devenir del modo de producción capitalista en un grado hasta ahora desconocido. Además de oportuno, ya parece posible examinar los usos, funciones y prácticas comunicativas en relación a interrogantes sociológicos más amplios y de larga tradición, referidos a cómo cambia, se extingue o permanece un modelo histórico de organización social; en nuestro caso, el capitalista.

¹ Un estudio histórico y dialéctico entre la forma en que los grupos humanos producen información y los diferentes modos de organización social a los que han recurrido con el paso del tiempo ha sido acometido en Martín Serrano, 1986.

En concreto, desde el interés por abordar esas cuestiones, el aspecto quizá más novedoso consiste en que la producción social de comunicación se haya incorporado a las estructuras económicas contemporáneas sin abandonar sus funciones supraestructurales. Por primera vez, en el marco de la llamada “globalización” económica, el capitalismo monopolista comienza a recurrir a la información y la comunicación en dos sentidos simultáneamente: para que formen parte de los engranajes de la producción material y para que mantengan el cometido de carácter cultural y reproductivo que tradicionalmente les ha sido asignado.

El objetivo de este artículo consistirá en llevar a cabo una aproximación a ese novedoso fenómeno, tratando de plantear reflexiones que nos suscita, recuperar las escasas aportaciones que lo han abordado y explorar los enfoques más apropiados para su estudio. Con esa finalidad y sin otro ánimo que el de invitar al debate y la reflexión sobre un tema poco explorado, este trabajo se organizará en tres grandes apartados. El primero abordará el origen de las transformaciones históricas sufridas por el sistema comunicativo desde los años setenta. Se tratarán de esclarecer con ello las causas que dotaron a la información de un carácter económico. La segunda parte del trabajo se centrará en el carácter supraestructural que sigue manteniendo el sistema de comunicación a fin de desentrañar su doble naturaleza, productiva y reproductiva. Por último, la tercera parte se centrará en algunos elementos que consideramos pertinentes a la hora de analizar la comunicación como vínculo de la producción material y la reproducción social a día de hoy. Se defenderá la economía política de la comunicación como marco teórico más idóneo para enfrentarse a las cuestiones arriba planteadas.

2. Origen y rasgos de la reestructuración informacional del sistema productivo

Por lo general, la cuantificación acrítica de los flujos informacionales dentro de diferentes sectores de actividad (Torres y Zallo, 1991, p. 58) y el estudio de los efectos de las tecnologías comunicativas sobre las pautas de producción, trabajo, vida privada y consumo han terminado por marginar los análisis y debates acerca de las causas desencadenantes de tales modificaciones en la naturaleza del sistema comunicativo. Sin embargo, la tarea de esclarecer el origen del fenómeno que abordamos no es menor. Contiene, de hecho, como vamos a tratar de mostrar, algunas claves para caracterizar correctamente el momento de cambio histórico que aquí se analiza.

Como han destacado diversos autores, el origen de las transformaciones sufridas en el sistema de comunicación parece guardar relación directa con la crisis económica que sufrió el capitalismo a partir de los primeros años setenta (Torres y Zallo, 1991, p. 58). Desde entonces, se asiste a una reestructuración informacional del sistema económico, a la que éste tuvo que recurrir como forma de frenar la caída de rentabilidad que, hasta ese momento y desde la segunda guerra mundial, se había mantenido en alza. Entender, por tanto, las modificaciones históricas que afectan a la comunicación exige situarnos en esa coyuntura crítica y explicar lo que le ha sucedido al capitalismo monopolista desde entonces. Esto es, contextualizar las transformaciones comunicativas dentro de las políticas de ajuste permanente conocidas comúnmente como “neoliberalismo” y en el marco de la llamada globalización². A todo ello dedicamos las líneas que siguen.

Las tres décadas que median entre 1945 y 1975 experimentaron un fuerte crecimiento productivo y de inversión, bajas tasas de desempleo y una mejora constatada de las condiciones generales de vida. No por casualidad, y en alusión a ese estado de bonanza generalizada, se ha popularizado para este periodo la denominación de “los treinta gloriosos”, en el ámbito, al menos, de los países más industrializados. Sin embargo, tras un análisis más detenido de los datos, ese crecimiento económico sólo puede ser explicado como el fruto exclusivo de la reconstrucción de las relaciones de producción tras la segunda guerra mundial (Gluckstein, 2001, pp. 367-404). No fue, por tanto, el supuesto carácter progresivo del capital, sino el lógico proceso de reestablecimiento de la acumulación el que predominó a lo largo de esas tres décadas. Parece, por tanto, que la prosperidad vivida hasta 1970 no se puede interpretar, como hizo la economía no marxista, como la resolución definitiva de las contradicciones consustanciales al capitalismo, que, de hecho, comienza a mostrar nuevos signos de agotamiento a partir de esa fecha³.

² Frente a la expresión de “neoliberalismo”, nosotros preferimos la de “políticas de ajuste permanente”, pues permite recalcar la necesidad que tiene desde entonces el capitalismo de recurrir no a los tradicionales ajustes económicos coyunturales, sino a otros de carácter permanente, como única forma de mantener sus niveles de ganancia. Estas políticas enmarcan la “mundialización” o “globalización”, cuyo significado, para evitar mistificaciones ideológicas, conviene aclarar desde ahora mismo: basándonos en el criterio de las presiones cada vez mayores que debe efectuar el capital para obtener rentabilidad, entendemos que esos conceptos no designan una nueva fase en la historia de la humanidad, sino la agudización del capitalismo en su fase monopolista (véase Arrizabalo, (ed.), 1997 y Gluckstein, 2001).

³ Como se sabe, esas contradicciones se producen entre la creciente capacidad productiva, consecuencia de la acumulación, y el lucro decreciente del capital, que se expresan en último término en la ley tendencial del descenso de la tasa de ganancia formulada por Marx (Marx, 2000).

Las sucesivas crisis desde 1973 y la sobreproducción de capitales en forma de dinero (petrodólares), paralela al endeudamiento de los países pobres, fueron las manifestaciones más visibles de la dificultad creciente para la realización de la plusvalía. El inicio formal de la estrategia que el capital llevará a cabo para recuperar su rentabilidad se puede establecer en los primeros años ochenta. Estrategia sostenida, quizá no única pero sí directamente, en el ámbito de la producción de información.

En concreto, se produjo una modificación estructural en los usos y funciones sociales del sistema de comunicación pública con hondas implicaciones para la organización económica. Por primera vez en la historia de la humanidad, surgen “las condiciones tecnológicas, económicas y políticas requeridas para que sea posible establecer el *valor* de la información” (Martín Serrano, 1992, p. 12). Ésta pasa a rendir provecho económico directo y a poder calcularse como una mercancía más, con criterios de costo y beneficio. Manteniendo su valor de uso, se le incorpora ahora, además, un valor de cambio.

Las bases teóricas para que tal fenómeno fuera posible pudieron levantarse a mediados del siglo XX con la conocida “fórmula fundamental” de Claude Shannon y Warren Weaver. En 1949, su teoría matemática de la comunicación vino a aportar una unidad de medida para la información, permitiendo cuantificarla con independencia de cuál fuera su contenido (Martín Serrano, 1990, p. 67). Con este desarrollo teórico se creaba ya la posibilidad de que apareciesen, años más tarde, dos avances tecnológicos que irán consolidándose a lo largo de la década de los noventa:

La primera innovación quedaba referida a la necesidad de hacer equiparable cualquier tipo de dato cualitativamente distinto, ya se tratase de los de tipo escrito, oral o visual. Pero, además, como segunda innovación, había que lograr que todos ellos fueran manejables por un mismo sistema. Hoy, la tecnología digital y el uso de Internet permiten homogeneizar no sólo cualquier información, sino las herramientas que hacen posible emitir, recibir y reproducir cualquier tipo de mensaje a través de una única red (Martín Serrano, 1992). El resultado de esta evolución tecnológica sobre el tejido económico ha sido destacada por Torres y Zallo en los siguientes términos:

“El carácter mercantil que alcanza a tener todo flujo informacional modifica los procesos de producción, manipulación, almacenamiento, transmisión y/o recepción del conocimiento, de los códigos o los datos que se llevan a cabo en la generalidad de los procesos productivos y, a su vez, hace posible que aparezca un abanico de nuevas ramas y segmentos productivos diferenciados de los tradicionales” (Torres, y Zallo, 1991, p. 63).

Aunque brevísimo, el recorrido histórico que acabamos de esbozar puede servir para esclarecer cómo el sistema de comunicación, gracias a determinados desarrollos teóricos y tecnológicos, vino a ofrecer al capitalismo en crisis los elementos necesarios para su pervivencia histórica. Resta detenernos ahora tanto en las funciones supraestructurales como en la doble naturaleza que caracteriza a la información actualmente.

3. La comunicación: nexo entre la producción y la reproducción social

Además de las funciones económicas que esa reestructuración informacional le confirió a la comunicación, la producción social comunicativa sigue detentando, como lo ha hecho durante siglos, su papel como elemento reproductivo, como instancia mediadora. Desde los primeros pasos del capitalismo monopolista, a principios del siglo XX, la comunicación y las tecnologías comunicativas se propusieron como elementos de liberación del sujeto alienado, como herramientas para apaciguar los desajustes económicos, sociales, educativos y culturales (Muñoz, 1999).

La producción social de comunicación se destina así, también, a construir el espejismo de una sociedad reconciliada; a neutralizar un mundo cada vez más conflictivo a través de imágenes desproblematizadas y en equilibrio. En definitiva, lo que se trata de ocultar es el elemento verdaderamente consustancial del capitalismo contemporáneo: *su auténtica incapacidad para la producción, para el desarrollo mismo de las fuerzas productivas* y su huida hacia delante por medio de la reproducción, del mantenimiento a toda costa del régimen de propiedad privada de los medios de producción (Martín Serrano, 1978, pp. 33 y 34).

Parece por tanto que, la comunicación de masas, entendida como la modalidad de producir información más característica del capitalismo, ha evolucionado de forma solidaria con respecto al devenir y las necesidades que históricamente ha presentado ese modo de producción social. Esa interdependencia entre sistema socioeconómico y sistema comunicativo propició que la información terminase profundamente implicada

en los engranajes productivos sin abandonar las instancias supraestructurales. Es más, a partir del ajuste neoliberal de los años ochenta, esas dos funciones se interrelacionarán como nunca antes lo había hecho cuando las tareas comunicativas pasen a gestionarse eminentemente por actores privados:

“En la medida en que los nuevos gestores privados garanticen la provisión de aquella información que se necesita para la reproducción social, la administración de los Estados donde rija la llamada ‘economía de mercado’ carecerán de argumentos para conservar la explotación de aquellos servicios que las instituciones públicas tuvieron que mantener activos cuando cierta clase de productos comunicativos carecían de interés económico” (Martín Serrano, 1989, p. 212).

Actualmente, la producción de comunicación emerge así como un objeto de estudio con renovado interés por las ciencias sociales en general y las comunicativas en particular. Porque de su comprensión dependerá, en buena medida, que entendamos también cómo es hoy nuestro modelo de organización social, hacia dónde se dirige y cómo puede transformarse. La comunicación, por primera vez, tiene mucho que decirnos acerca de la prolongación o extinción histórica del capitalismo. De hecho, para comprender las próximas crisis económicas no se podrá eludir la evolución que, solidariamente a ese modo de producción, ha sufrido el modo de producir información pública.

Se puede, así, tomar el pulso a nuestras sociedades avanzadas a través del ámbito de la producción comunicativa. Pero acudiendo para ello a un marco teórico apropiado y a unos requisitos metodológicos específicos. Como se argumentará seguidamente, consideramos que uno de los enfoques más idóneos para ello es el de la economía política de la comunicación, entendiéndola como aquella perspectiva científica que, basada en el modelo teórico y metodológico iniciado en la segunda mitad del siglo XIX con la obra de Marx, investiga la producción de comunicación pública en una sociedad a lo largo del tiempo.

4. Pertinencia de la economía política de la comunicación

Partiendo de una concepción materialista de la realidad y del método dialéctico para registrarla, el enfoque económico político aplicado a nuestro campo de estudio comporta un análisis omnicomprendivo capaz de insertar los procesos comunicativos en el marco de las relaciones sociales en que toman forma. No hace abstracción, por tanto, de un fenómeno que, por su doble naturaleza -económica y semiológica- y su doble

dimensión -productiva y reproductiva-, debe quedar referido en todo momento a las condiciones sociohistóricas que lo atraviesan (Torres, 1985). De esa manera, se hace posible no sólo eliminar cualquier rasgo de inmutabilidad en un fenómeno, por contra, cambiante y contradictorio, sino también abordar su estudio críticamente; esto es, revelando su auténtica naturaleza y funcionamiento no desde su expresión inmediata, sino desde sus causas internas⁴.

Aunque, como hemos destacado, la dimensión productiva de la información detenta hoy una importancia trascendental, no interesará reducir el sistema comunicativo exclusivamente a sus dimensiones económicas, sino vincularlo con las relaciones de producción, sociales y de dominio que la atraviesan. Precisamente, las categorías del análisis económico político permiten aproximarse al objeto de estudio desde el conjunto de sus partes, con una visión estructural y totalizante que conecte, de forma no mecánica, factores sociales, económicos, culturales o psicológicos (Lefebvre, 1974, pp. 47-106).

Con todo ello, la perspectiva que defendemos posibilitará captar, en última instancia, las leyes que gobiernan en toda la estructura social, en general, y en los fenómenos culturales y comunicativos, en particular. Esto será el resultado de dialectizar el objeto de estudio (sistema de comunicación) para comprobar cómo cambia en su interacción con la organización productiva (sistema económico) a través del tiempo. Para ello, se debe recurrir a la historia no como herramienta que registre el pasado y la evolución aislada de un fenómeno, sino para detectar sus transformaciones con el paso del tiempo y encontrar en ellas las regularidades que, expresadas bajo un conjunto de normas, expliquen el funcionamiento esencial de la producción comunicativa en un momento dado de la evolución humana.

Por otro lado, la economía política de la comunicación no niega las nociones de contradicción y conflicto. Distanciándose de otros enfoques, sus análisis no son técnicos -en un sentido instrumental- ni están revestidos de aparente neutralidad. Por el contrario, presuponen en todo momento un escenario social de intereses antagónicos entre clases

⁴ Esta es la acepción marxista de “lo crítico” -como conocimiento que explica *desinteresadamente* qué son las cosas y por qué son- frente al sentido más coloquial que toma el término “crítico” como postura contestataria, antihegemónica o de oposición.

sociales que sigue afectando a la configuración estructural de la producción social de comunicación (por ejemplo, a través del monopolio emisor ejercido por los propietarios de los medios informativos).

Esta característica guarda relación con la dimensión práctica que lleva aparejado este tipo de enfoque. Rechazando un conocimiento contemplativo de la realidad, la aproximación económico política indaga en el terreno teórico a fin de orientar, en última instancia, la práctica política. Práctica que comporta siempre una concepción revolucionaria de las transformaciones sociales. Habitualmente, los estudios económicos de la información terminan dotando al sistema capitalista de un carácter ahistórico e inmutable. En ellos, se proponen cambios reproductivos en el sistema, es decir, modificaciones que impliquen una mejora en su gestión sin contemplar como posibilidad su extinción misma. La economía política marxista, al concebir el orden capitalista desde sus contradicciones intrínsecas, reconoce esa posibilidad como resultado de su superación histórica. Su concepción del cambio social no es, por tanto, reproductiva, sino revolucionaria.

Por otro lado, sin embargo, la escasa atención que recibe actualmente esta perspectiva choca con las virtudes que presenta, según acabamos de ver, para la comprensión actual de los sistemas socioeconómico y comunicativo. Desde el ajuste neoliberal en los años ochenta y frente al auge de la teoría posmoderna, se percibe un desinterés del ámbito académico por investigaciones de esta naturaleza. Aunque hoy en día existen ya iniciativas y voluntad para avanzar en esa línea, como, por ejemplo, en los ámbitos español y latinoamericano (Quirós, 2006), el panorama intelectual sigue necesitando emprender caminos teóricos macrosistemáticos y críticos, apoyados en la economía política. Esto supone adaptar las categorías del análisis marxista al momento presente, actualizando sus conceptos y evitando aplicaciones mecanicistas. A cambio, se podrán comprender e incluso anticipar los vínculos, actuales y futuros, entre la economía, la información y la sociedad. Quizá por primera vez en la historia, se tenga la oportunidad de construir una teoría de la comunicación que, trascendiendo lo comunicativo, ofrezca explicación del momento histórico presente, así como de las transformaciones, no sólo tecnológicas, en las que nos estamos viendo inmersos.

5. Bibliografía

ARRIZABALO, X. (ed.) (1997): *Crisis y ajuste de la economía mundial*, Síntesis, Madrid.

GLUCKSTEIN, D. (2001): *Lucha de clases y mundialización*, Selio, Madrid.

LEFEBVRE, H. (1939): *El materialismo dialéctico*, La Pléyade, 1974, Buenos Aires.

MARX, K. (1894): *El capital. Libro III (El proceso global de la producción capitalista)*, Vol. 8, Siglo XXI, 2000, México.

MARTÍN SERRANO, M. (1978): *La mediación social*, Akal, Madrid.

MARTÍN SERRANO M. (1989): “Mitos y carencias”, DÍAZ NOSTY, B.: *comunicación social 1989/Tendencias. Informes anuales de Fundesco*, Madrid, Fundesco.

MARTÍN SERRANO M. (1990): “La epistemología de la comunicación a los cuarenta años de su nacimiento”, *Telos. Cuadernos de Comunicación, Tecnología y Sociedad*, núm. 22, Madrid.

MARTÍN SERRANO, M. (1992): “Los cambios acontecidos en las funciones de la comunicación y en el valor de la información”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, nº 57, Madrid.

MILLÁN PEREIRA, J.L (1993): “Los flujos de información en la economía. Problemas de definición”, *Telos. Cuadernos de Comunicación, Tecnología y Sociedad*, núm. 34, Madrid.

MUÑOZ, B. (1999): “Comunicación, Cultura y Desigualdad Social: interpretaciones contemporáneas”, *Nómadas*, nº 0, julio-diciembre de 1999, <http://www.ucm.es/info/nomadas/0/index.html>

QUIRÓS, F (2006): “La economía política de la comunicación iberoamericana: un enfoque en alza”, *Telos*, nº. 67, abril-junio 2006.

TORRES, J. (1985): *Economía de la comunicación de masas*, Madrid, Zero.

TORRES, J. (1989): “Para una economía crítica de la información, la comunicación y la cultura”, *Economía Industrial*, núm. 267, Madrid.

TORRES LÓPEZ, J. y ZALLO, R. (1991): “Economía de la información: nuevas mercancías, nuevos objetos teóricos”, *Telos. Cuadernos de Comunicación, Tecnología y Sociedad*, nº 28, Madrid.

ZALLO, R. (1988): *Economía de la comunicación y la cultura*, Akal, Madrid.